

Trabajo preparado para su presentación en el XII Congreso Nacional y V Congreso Internacional sobre Democracia, organizado por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Rosario, 12 al 15 de septiembre de 2016.

A cuatro décadas del *Informe a la Comisión Trilateral: la politología liberal y su pertinaz embestida contra la democracia.*

Gabriel E. Vitullo¹

RESUMEN

Con este trabajo, busco ofrecer un análisis crítico de una obra que, de modo emblemático, expresa el proceso de impugnación de los avances democráticos e igualitaristas experimentados por diversas sociedades en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Me refiero a *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, redactado por Samuel Huntington, Michel Crozier y Joji Watanuki y de cuya publicación se acaban de cumplir cuatro décadas. Este informe configura uno de los materiales más representativos de la interpretación que, sobre la cuestión democrática, desarrolló la ciencia política liberal en las últimas décadas del siglo XX y en lo que va del nuevo siglo. Concebida para alcanzar una audiencia más amplia, que trascendiera del público académico, dicha obra desempeñó y sigue desempeñando una función político-pedagógica muy importante, dado que siempre procuró ejercer gran influencia sobre los sectores dirigentes. Y colaboró, al mismo tiempo, en la fabricación de un nuevo consenso dirigido a neutralizar las conquistas democráticas alcanzadas por las clases subalternas después de arduas luchas y reinstaurar, en su lugar, un régimen sociopolítico anclado en la recuperación de los elementos fundamentales del orden liberal y antipopular decimonónico.

¹ Doctor en Ciencia Política, Profesor del Departamento de Ciencias Sociales y del Programa de Postgrado en Ciencias Sociales de la *Universidade Federal do Rio Grande do Norte*, Natal/RN, Brasil. Dirección electrónica: gvitullo@hotmail.com

A cuatro décadas del *Informe a la Comisión Trilateral: la politología liberal y su pertinaz embestida contra la democracia*².

Es muy difícil encontrar, en la ciencia política contemporánea, investigaciones dedicadas a analizar los procesos de lucha sistemática contra la democracia provenientes de las múltiples usinas de pensamiento que pródigamente patrocinan las grandes corporaciones capitalistas transnacionales. Así como es muy difícil identificar trabajos que aborden la complicidad en que incurren las corrientes mayoritarias de la propia ciencia política en el silenciamiento de esos procesos. En general, lo que se observa en los textos abocados a examinar la cuestión democrática, especialmente en continentes como el nuestro, el latinoamericano, es una acentuada preocupación por señalar y estudiar los factores que supuestamente podrían contribuir para el avance de la democracia – sobre todo en la dimensión institucional – pero con poca o ninguna energía puesta en el análisis de las poderosas tendencias opuestas, que tienen como gran objetivo la neutralización o minimización de las conquistas democráticas. Consideramos que esto configura un grave problema teórico, político y hasta epistemológico, pues no hay cómo comprender las fragilidades y limitaciones que aquejan a las pobres democracias realmente existentes sin prestar una adecuada atención a los denodados esfuerzos desplegados por las clases dominantes y sus intelectuales orgánicos para frenar y hacer retroceder los procesos de democratización. No parece tener mucho sentido seguir lamentándose por los problemas que afligen a nuestras maltrechas democracias y, al mismo tiempo, creer que la solución pasa por meras reformas procedimentales o por el perfeccionamiento de la ingeniería institucional, sin percibir que cuando las democracias no avanzan, cuando la igualdad no progresa y cuando los derechos no se expanden se debe, entre otras razones y muy especialmente, a que hay sectores sociales bien concretos que de modo exitoso vienen luchando para que ello no ocurra.

El uso, en este texto, de la expresión “complicidad” puede resultar incómodo, parecer muy fuerte o sorprender negativamente a muchos colegas. De hecho, es probable que en muchos casos – tal vez en la mayoría de ellos – tal complicidad no sea intencional, sino más bien el fruto de una interpretación bastante ingenua de cómo se organiza el mundo y de cómo funciona la política en la vida real. Una interpretación que, movida por las modas pasajeras que regulan el quehacer académico, termina haciéndole el juego – aun sin proponérselo – a los sectores que, estos sí de forma muy intencional, consiguen que temas como el arriba mencionado no se discutan, que no formen parte de los “issues” o de las preocupaciones del “mainstream” de la disciplina (por citar aquí dos de los tantos vocablos anglófilos que saturan, cada vez más, el discurso politológico). Pero no creo que valga la pena entrar en esta cuestión, pues no se trata de tropezar con análisis psicologistas ni de intentar revelar intenciones más o menos ocultas. Más allá de la buena o de la mala fe que mueva a los grandes nombres de la ciencia política y a sus legiones de seguidores y de la mayor o menor conciencia que tengan sobre las graves consecuencias que conlleva el no discutir estos asuntos, pienso que la cuestión fundamental ha de pasar por tratar de echar algo de luz sobre un fenómeno, en general, tan poco abordado. Y ha de pasar,

² Este trabajo es fruto de una investigación más amplia que desarrollé en mi estancia postdoctoral en la Universidad Complutense de Madrid (UCM) con el apoyo financiero de la *Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior* (CAPES), de Brasil.

también, por dejar atrás las lecturas e interpretaciones hegemónicas sobre la democracia, repetidas con harta insistencia en los años `80 y `90, e inscriptas en lo que podríamos denominar como la “transitología” y la “consolidología”³. Aquellas lecturas e interpretaciones que, con la irrupción del nuevo siglo, encontraron sus fieles herederas, hoy en día, en lo que, con cierto dejo de ironía, cabría llamar la “calidología de la democracia”.

Es por lo dicho, entonces, que aspiro, con el presente trabajo, a denunciar esta nociva carencia de la politología dominante y contribuir, aunque más no sea modestamente, con la identificación del discurso y del accionar de las instituciones que vienen batallando, exitosamente y de modo bastante explícito, en favor de un orden social en el que la democracia pierde substancia y en el que la ofensiva capitalista intensifica su lucha contra las clases populares y sus conquistas. Entre esas instituciones, hay una que cumplió, hace unos meses, cuatro décadas de existencia y que aún sigue siendo un ejemplo paradigmático del tipo de actitud y de relación que traban con la democracia importantes fracciones de los sectores dominantes, en una escala verdaderamente planetaria. Me refiero a la Comisión Trilateral y, más concretamente, al famoso “*The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*”, informe elaborado y publicado por iniciativa de la propia comisión en 1975, a tan solo dos años de su fundación y cuyo análisis será el foco principal de este trabajo.

Consecuentemente, la propuesta, en estas primeras páginas, apunta a presentar de forma breve la historia de la Comisión Trilateral y los principales objetivos perseguidos con su creación para, una vez hecho esto, dedicar el resto del trabajo a un examen detallado del citado informe, por entender que este constituye uno de los textos más representativos de la lucha librada por los grandes capitalistas y sus portavoces liberales contra cualquier posibilidad de expansión y afirmación de una democracia que pueda ser vista, seriamente, como sinónimo de un tipo de transformación social cuyos horizontes sean el autogobierno popular y la emancipación humana. Vale destacar que, aunque de forma bastante sumaria, además del citado informe, procuraré mencionar otras obras y autores que, con anterioridad a la difusión del mismo o en los años posteriores a su publicación, adoptaban y adoptan la misma perspectiva de los trilateralistas en lo que hace a la cuestión democrática. Ello permitirá demostrar que el texto promovido por la Comisión Trilateral no es un material aislado, sino todo lo contrario: dicho documento expresa una tendencia mucho más amplia, que viene desarrollándose sin solución de continuidad y con mucha fuerza a lo largo de las últimas décadas dentro y fuera del ámbito académico. Cabe expresar también, para cerrar estos párrafos introductorios, que para la realización del examen propuesto buscaré servirme de la compañía de algunos valiosos científicos sociales de innegable vocación contra-hegemónica. Todos reputados autores que, aun cuando no necesariamente hayan puesto la lupa sobre el caso concreto de la Trilateral y el informe sobre la crisis de la democracia, ofrecen valiosísimas contribuciones a quien quiera reflexionar sobre las antinomias que históricamente separaron – y entiendo que siguen separando – en campos diferentes y, en muchos casos, directamente contrapuestos al liberalismo y a la democracia. Sobre todo cuando esta última es considerada en su acepción más auténtica, plebeya, disruptiva y radical. Pues, al fin y al cabo, el examen del discurso de la Comisión Trilateral y el análisis de los

³ Sobre las teorías de la transición y de la consolidación democrática, me permito remitir al lector a un libro de mi autoría, en el cual desarrollo un análisis crítico y exhaustivo sobre el tema: “Teorias da democratização e democracia na Argentina contemporânea” (VITULLO, 2007).

ataques que ésta lanza contra cualquier posibilidad de expansión democrática no son más que el camino que aquí he elegido para cuestionar una orientación, aun hoy lamentablemente prevaleciente en el campo de la ciencia política y en el seno de sus corrientes mayoritarias, que opera como claro reflejo e instrumento de una lucha mucho mayor: la lucha sin cuartel que el capitalismo, ya desde sus orígenes, entabló contra la democracia, en aras de lograr – dependiendo de las diferentes épocas históricas específicas de que se trate – su erradicación, neutralización o domesticación.

La Comisión Trilateral: breves apuntes históricos

La Comisión Trilateral nació en 1973 por iniciativa de David Rockefeller, a la sazón principal accionista del *Chase Manhattan Bank* y uno de los hombres más ricos e influyentes del mundo a lo largo de muchas décadas. Tal iniciativa ya había sido ventilada en las reuniones del Grupo Bilderberg por Rockefeller y fue abrazada como propia por dicho Grupo. No parece ocioso recordar que el Bilderberg había surgido un par de décadas antes, más concretamente en 1954, con la disposición y el compromiso inquebrantable hacia los objetivos que también habrían de ser la marca distintiva de la propia Comisión: promoción del libre mercado, defensa de la propiedad privada y construcción de una responsabilidad compartida en el liderazgo mundial. Ambas entidades, consecuentemente, bregaban por la consolidación del poder de las gigantescas corporaciones multinacionales – hoy transnacionales – y del propio sistema capitalista en su globalidad, en una época – plena Guerra Fría – en la que éste se sentía amenazado por el poderío soviético. No es de extrañar, en tal sentido, que varias de las figuras que participan con asiduidad de las reuniones anuales del Grupo Bilderberg sean, también, protagonistas en las actividades promovidas por uno de sus retoños predilectos, la Comisión Trilateral. Para ambas, el gran desafío siempre fue el de dotar de un sólido proyecto político a la alta burguesía mundial, coherente con su vocación transnacional, que la ayudase a expandir y profundizar su hegemonía ideológica en una dimensión planetaria y le posibilite garantizar y perpetuar su dominación.

Ámbitos como el Bilderberg y la Comisión Trilateral son importantes, asimismo, como espacios para la afirmación y reproducción política y hasta “biológica” de la clase dominante transnacional. En sus cónclaves no sólo son trazadas las grandes líneas maestras que guían la guerra de largo aliento por la reconfiguración del capitalismo mundial, con la mira siempre puesta en los intereses comunes de las megacorporaciones allí representadas. En tales ámbitos son abordadas, también, cuestiones más específicas, que tienen que ver con intereses más inmediatos de los diferentes grupos económicos: allí se forjan nuevas alianzas, se negocian nuevos casamientos, se conquistan nuevos socios para grandes proyectos empresariales y se da un incesante proceso de cooptación de viejos y nuevos líderes políticos. En otras palabras, estos espacios asumen una función fundamental para la afirmación política y social de las clases dominantes, a la vez que operan como poderosas instancias de fabricación de nuevos consensos que lleven a neutralizar o, cuanto menos, a limitar la fuerza sociopolítica de las clases populares y, consecuentemente, a “desdemocratizar” la democracia, según veremos de modo más pormenorizado en la próxima sección.

En el caso de la Trilateral, ya en su propio nombre ésta refleja una de las ideas fuerza que le dieran origen: la necesidad de un tipo de cooperación que trascendiera fronteras geográficas y culturales en la gestación del liderazgo mundial. Ello se expresa en su estructura y en sus órganos de dirección, al verse allí representados América del Norte (Estados Unidos y Canadá), Europa Occidental y Japón, país en el que tuvo lugar su primera reunión anual. No obstante, vale destacar que aun cuando conservó esta denominación, en los años sucesivos la entidad pasó a contemplar, gradualmente, también otros países y otras regiones del globo. Empero, tales incorporaciones no impidieron que los tres espacios geográficos citados continuaran siendo, hasta hoy en día, los que asumen el papel rector de la Comisión. Tanto que sigue teniendo las mismas tres sedes que en sus comienzos – Washington, París y Tokio – y el evento anual continúa rotando regularmente entre las tres regiones citadas.

Importa dejar en claro, sin embargo, que no debemos dejarnos tentar por lecturas conspiracionistas. No se trata de buscar un supuesto “gobierno mundial en las sombras” ni de revelar hipotéticos “poderes ocultos” o de denunciar sectas secretas de “Illuminati”, al estilo de lo que hacen Daniel Estulin (2005) y otros. Pues como bien alerta Manolo Monereo, en el prólogo del recomendable libro de Domenico Moro (2015, p. 10) “Bilderberg: la elite del poder mundial”, quienes así actúan, “al poner el acento en fantasiosas tramas e intrigas nublan, ocultan, al verdadero poder y contribuyen a que este se perpetúe impunemente”.

El propio Domenico Moro, en la introducción de aquella obra, llama muy bien la atención sobre la necesidad de no incurrir en este grave equívoco:

Según algunos teóricos del complot, el Bilderberg sería el “gobierno mundial en la sombra”, último heredero de una reducida oligarquía que domina el mundo ininterrumpidamente desde los tiempos de la república de Venecia, o la expresión de la secta secreta de los Iluminados. Las simplificaciones y fantasías de este planteamiento acaban trivializando y a la postre minimizando un fenómeno mucho más complejo relacionado con la existencia de grupos como el Bilderberg o la Comisión Trilateral, que representan la organización de las elites en la época de la mundialización (MORO, 2015, p.7).

Tomar el secretismo y la falta de publicidad – herramientas que sin dudas resultan muy útiles a entidades como las que estamos analizando y a tantas otras que expresan los intereses del capital más concentrado – como la esencia del fenómeno, configura un error de enorme envergadura, que puede resultar trágico para cualquier estrategia política verdaderamente radical de denuncia y de enfrentamiento del orden capitalista vigente⁴.

⁴ Uno de los numerosísimos ejemplos que circulan con profusión por las redes sociales en Internet es un reciente conjunto de láminas que llevan por título “Macri, el hombre gris”, que ya ha superado el medio millón de visitas en *Youtube* y que ilustra, muy bien, un tipo de investigación pretendidamente rigurosa sobre los fenómenos sociopolíticos contemporáneos que, en realidad, flaco favor le hace a cualquier intento de esclarecer, informar y elevar el nivel político y teórico

Porque más allá de las armas que utilice el enemigo, lo que debe quedar claro es que no estamos frente a un poder omnisciente, que obrando en las tinieblas y desde tiempos inmemoriales, controla todo el proceso. Si así fuera, la lucha no tendría sentido, pues su resultado ya estaría definido de antemano, aún antes de empezar. Por eso es que el rescate de la democracia, hoy secuestrada por el liberalismo, y la recuperación de su sentido original, anclado en la ideas clave de participación y autoemancipación popular, exigen, sin lugar a dudas, mucha voluntad de cambio, mucha capacidad de organización pero, también, y muy especialmente, una lectura adecuada de la realidad que nos circunda. Pues sólo así, sabiendo con claridad contra quién luchamos, es que conseguiremos aumentar las chances de nuestra victoria. Pasemos, entonces, al análisis del objeto principal de este trabajo: la cuestión de la democracia y los peligros que esta entrañaría según la óptica defendida por la Comisión Trilateral en su afamado informe.

Gobernabilidad y democracia en el Informe a la Trilateral

Mencioné líneas más arriba que la democracia constituye uno de los blancos predilectos de las campañas orquestadas por la Trilateral. Por lo que no es nada casual – ni debería sorprendernos – que el primer informe promovido por la Comisión tratara precisamente de la cuestión democrática. La propia elección de este asunto como objeto de su primer gran documento público ya configura un indicio de la importancia conferida al tema por los trilateralistas. Dicho documento brinda un sustancioso diagnóstico y un conjunto de recetas destinadas a neutralizar dos fenómenos que, según alegaban sus autores, estarían íntimamente ligados a la expansión democrática: la sobrecarga de demandas y la ampliación de la participación política de los sectores populares. Para los firmantes del informe, tales fenómenos no sólo pondrían en riesgo al sistema económico capitalista, sino que también afectarían severamente la propia viabilidad de la democracia.

El informe fue elaborado, a pedido de la propia Comisión Trilateral, por Samuel Huntington (1927-2008), Michel Crozier (1922-2013) y Joji Watanuki (1931 -), en representación, respectivamente, de cada uno de los espacios anteriormente mencionados: América del Norte, Europa Occidental y Japón. En él encontramos con bastante grado de detalle los elementos que definen el tipo de relación que la Trilateral establece con la cuestión democrática. Ya en el prólogo, escrito por Zbigniew Brzeziński (1975), se expresan con nitidez muchas de las indicaciones que habrían de guiar a la Comisión y una miríada de entidades análogas en su lucha sin tregua contra lo que ellos definen eufemísticamente como “perjudiciales excesos de la democracia”. Para el estratega estadounidense, de origen polaco, y autor del influyente “Between Two Ages: America’s Role in the Technetronic Era”, de 1970, el gran reto pasaba por identificar los principales obstáculos enfrentados por la democracia, para, de esta forma, poder superarlos y garantizar así la edificación de un mundo más cooperativo y estable. Según Brzeziński (1975), la remoción de esos obstáculos conllevaría, inclusive, y por más extraño que pueda parecernos, la posibilidad de “fortalecer la propia democracia” y hacer que ella sea “más democrática”. Apreciaciones que, a todas luces, no pasaban de cínica retórica vacía que no guardaba ninguna relación con los verdaderos objetivos perseguidos por los

de la crítica más que necesaria a gobiernos como el del millonario argentino, que tanto daño viene haciéndole a su pueblo.

trilateralistas – cercenamiento, limitación y domesticación del proceso democrático – ni con el contenido del propio informe por él prefaciado, como veremos en los próximos párrafos.

La época en la que el informe fue redactado tampoco tiene nada de casual. Como bien observa Noam Chomsky (KELLY; HUTCHISON; SCOTT, 2015), éste vio la luz pública poco tiempo después de un período de significativa democratización, el de los años `60, en el que en países como los Estados Unidos sectores de la población usualmente pasivos y apáticos salieron a las calles, en busca del reconocimiento de los derechos que históricamente les habían sido negados. Eran sectores que ganaron una notable capacidad de organización, movilización y elevación de conciencia política. Lo que posibilitó que sus derechos, en cuanto minorías⁵ ganasen, en algún grado, cierta materialidad, así como aumentasen las posibilidades efectivas de incluir sus principales demandas en el debate público. El movimiento negro, el movimiento de mujeres, el movimiento ecologista, el movimiento pacifista, todos ellos irrumpieron con fuerza inusitada en el escenario sociopolítico estadounidense. Lo cual, como bien apunta Chomsky, trajo un saludable efecto civilizador.

Fue, entonces, justamente contra este proceso democratizador y civilizador que se elaboró el informe sobre “La crisis de la democracia”, que perfectamente puede tomarse como expresión elocuente y representativa de la virulenta reacción que se apoderó de las clases dominantes cuando estas percibieron, muy asustadas, las amenazas al orden vigente y a sus privilegios que podían resultar de la movilización de los “de abajo”. El documento, a lo largo de sus más de 200 páginas, traduce la poderosa contraofensiva empresarial lanzada para rechazar tajantemente los esfuerzos y conquistas de cuño igualitario alcanzadas en las décadas precedentes. Ofensiva, esta, de carácter político, económico y cultural destinada a sepultar la ola democratizadora y a obligar a las clases populares a retroceder, a volver a “su debido lugar”, al lugar subalterno que siempre les fuera reservado por las clases dominantes.

En tal sentido, estimo que para una mejor comprensión del Informe de la Trilateral, puede resultar interesante recuperar algunos párrafos de otro documento que, en la misma época, daba cuenta de esta fuerte preocupación que tomaba cuenta de los círculos empresariales norteamericanos. Estoy pensando en el Memorando Confidencial de Lewis Powell sobre el “Ataque al sistema americano de libre empresa”⁶, bien

⁵ Al aludir a minorías hago referencia – como es habitual – al escaso poder político y social con que cuentan estos sectores y no a una cuestión cuantitativa, dado que estos sectores constituyen, a decir verdad, la amplia mayoría de la sociedad y consecuentemente nombrarlos como “minorías” en su acepción cuantitativa carecería de cualquier sentido. Tal vez sea hora de rediscutir el significado y el uso de la expresión en la producción académica, frente a los riesgos que ésta trae embutidos de minimizar la importancia de colectivos sociales que, muy lejos están de ser minoritarios. Pienso, aquí, concretamente, en las mujeres y las clases populares y trabajadoras. En ambos casos, estamos frente a proporciones que superan a la mitad de la población. ¿Tiene sentido, entonces, seguir llamándolas minorías?

⁶ En la medida de lo posible, procuro evitar el uso del gentilicio “americano”, pues americanos somos todos, hayamos nacido en el norte o en el sur de nuestro continente. En este caso concreto, sin embargo, por tratarse de una versión del memorando ya traducida, opté por conservar la expresión elegida por quienes vertieron el texto al español. Al respecto de este tema, sugiero consultar el pequeño y muy interesante artículo de CarbonI y Maestri (2005) “Apenas estadounidenses”.

recordado por Chomsky (KELLY; HUTCHISON; SCOTT, 2015). En este memorando, dirigido a la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, aquel que años más tarde habría de tornarse uno de los jueces más conservadores de la Suprema Corte norteamericana de las últimas décadas alertaba sobre los grandes peligros que acecharían al sistema capitalista⁷. Así, por ejemplo, Powell sostenía que:

Ninguna persona con capacidad de reflexión de los Estados Unidos puede [dudar] que el sistema económico [...] se encuentra sometido a fuertes ataques [...]. Siempre ha habido personas que se han opuesto al sistema americano, prefiriendo el socialismo u otras formas de estatismo (comunismo o socialismo). [...] Pero lo que ahora nos preocupa es una novedad en la historia de los Estados Unidos. No estamos tratando con ataques esporádicos o aislados de unos pocos extremistas o incluso de la minoría socialista. Por el contrario, el ataque al sistema de empresa se produce de forma amplia y consistente. Está adquiriendo fuerza y conversos.

Los orígenes son variados y difusos. Incluyen, por supuesto, a los comunistas, a la Nueva Izquierda y a otros revolucionarios que querrían destruir el sistema entero, tanto político como económico. Estos extremistas de la izquierda son mucho más numerosos, mejor financiados y son cada vez más bienvenidos y alentados por otros elementos de la sociedad [...]. Pero siguen siendo una pequeña minoría, y no son ahora la causa principal de preocupación.

Las voces más inquietantes que forman parte del coro de críticos proceden de elementos de la sociedad perfectamente respetables. De los campus universitarios, los púlpitos, los medios, las revistas intelectuales y literarias, las artes, las ciencias y de los políticos. En [buena parte] de estos grupos el movimiento contra el sistema está formado sólo por

⁷ Lewis Powell (1907-1998) fue nombrado ministro de la Corte Suprema de los Estados Unidos por Richard Nixon y se desempeñó en esta función de 1972 a 1987. En consonancia con lo que defendiera en el memorando, cupo a Powell un papel importantísimo en la habilitación del financiamiento empresarial de las campañas electorales. En el caso *First National Bank of Boston* contra Bellotti, la Corte, a expensas del juez citado, declaró que la influencia financiera de las corporaciones en los procesos electorales debía ser vista como el ejercicio de la libertad de expresión defendido en la Primera Enmienda de la Constitución y, como tal, ser garantizada por el poder público. Esta orientación volvería a repetirse en casos como *Citizens United* contra *Federal Election Commission*, en el que la piedra libre para que las grandes corporaciones puedan inmiscuirse en los procesos electorales ganó todavía más fuerza, tanto en el ámbito de los estados cuanto en el plano federal.

minorías. Sin embargo, muy a menudo son las mejor articuladas, las más ruidosas y las más prolíficas en su hablar y escribir. Además, muchos medios de comunicación [...] o bien otorgan publicidad por voluntad propia a estos “atacantes” o, como mínimo, permiten que éstos utilicen los medios para sus propósitos. Esto es especialmente cierto en la televisión, que juega ahora un papel preponderante en la conformación del pensamiento, las actitudes y las emociones de nuestra gente (POWELL, 2012).

Para concluir, entonces, que

Una de las desconcertantes paradojas de nuestro tiempo es la amplitud con que nuestro sistema tolera, o incluso participa, en su propia destrucción. [...] (POWELL, 2012).

Según Powell, alto grado de responsabilidad en el cuestionamiento de los pilares del sistema capitalista cabría a la juventud, a los profesores universitarios, a las propias instituciones académicas, a los movimientos por los derechos civiles y a los sindicatos. Pero, al mismo tiempo, señalaba también la omisión de las propias empresas y cámaras patronales, las que al callar terminaban facilitando la multiplicación de estos cuestionamientos. Faltaba, según él, una actitud más decidida del empresariado, que llevase a neutralizar o contrabalancear tales cuestionamientos. Concretamente, él preguntaba:

¿Cuál ha sido la respuesta de la empresa a este masivo asalto contra los fundamentos de su economía, contra su filosofía, contra su derecho a gestionar sus propios asuntos y, en definitiva, contra su integridad? La dolorosa y triste verdad es que las empresas, incluyendo los consejos de administración y los primeros ejecutivos de grandes y pequeñas empresas a todos los niveles han respondido a menudo – cuando lo han hecho – con contemporalización, ineptitud e ignorando el problema. (POWELL, 2012).

Este sombrío diagnóstico – sombrío, bien entendido, desde la óptica de los capitalistas – se vería, en lo sustancial, replicado por los trilateralistas pocos años más tarde, en el informe aquí elegido para el análisis. Claro que en este último caso, al tratarse no ya de un documento confidencial, y sí de un texto escrito para tener divulgación pública, el formato y el tono eran bastante diferentes. En lugar de interpelar de modo directo al empresariado y sus portavoces gubernamentales, los autores del informe a la Trilateral aparentaban querer alcanzar una gama de interlocutores más diversificada, menos vinculados a un ámbito sectorial específico, menos identificados con la clase capitalista y sus intereses. Ello vale tanto para el diagnóstico como para las recetas que de allí se desprenden. El objetivo explícito ya no era tan sólo el de convencer al empresariado para que pasara a la ofensiva, sino también el de construir nuevas interpretaciones de la realidad que, si bien trabajadas y divulgadas, pudieran ampliar las

bases de apoyo y de legitimidad para la implementación de un nuevo modelo económico y social y que, a su vez, estimularan una profunda resemantización de la cuestión democrática.

En el capítulo introductorio del informe sobre “La crisis de la democracia”, Crozier, Huntington y Watanuki (1975) aseveraban que los peligros que amenazaban al orden social no provenían tan sólo del ámbito de la política económica o de la esfera militar, sino que también tenían que ver con la estructura institucional en virtud de la cual los gobiernos ejercían sus atribuciones. De allí los autores derivaban, consecuentemente, una pregunta que ocuparía un lugar destacado en todo el informe: la pregunta que pasaba por saber si la democracia política sería realmente viable y deseable para los países industrializados, en un contexto de quiebra de la disciplina social, debilitamiento de los liderazgos y alienación ciudadana generalizada (sic). Ante lo cual señalaban que el objetivo principal del informe residía, precisamente, en tratar de responder a esta pregunta, identificar y analizar los principales desafíos a que se veía enfrentada la democracia y establecer bases más sólidas que permitieran determinar si todavía restarían razones para el optimismo cuanto al futuro de la democracia en los países citados.

Para los trilateralistas, los problemas que enfrentaban el capitalismo y la democracia eran de variada índole. Pero uno de esos problemas asumía, según ellos, una posición verdaderamente estelar: “[...] Un gran desafío a la democracia proviene de intelectuales y grupos con ellos relacionados que expresan su disgusto con la corrupción, el materialismo y la ineficiencia de la democracia, e incluso con la subordinación de los gobiernos democráticos a los monopolios capitalistas” (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 6). Coincidiendo en género y número con lo que apuntara Powell en el memorando ya citado, para los firmantes del informe la acción de esos intelectuales y jóvenes radicalizados vendría a encarnar una cultura de la oposición que podría poner en jaque la totalidad del orden social. Pues sus reiterados cuestionamientos a toda fuente de autoridad y liderazgo habrían llevado a minar profundamente la legitimidad de las instituciones establecidas. Según los autores del informe, si antes los mayores retos venían del fascismo y de los regímenes del Este, ahora provendrían, en buena medida, de esos jóvenes, insatisfechos, sedientos de protagonismo.

Ello explica por qué, tanto para Powell cuanto para Crozier, Huntington y Watanuki, una de las recetas más importantes consistiera en reconfigurar los ámbitos de debate público y en la inhibición de la participación popular. Claramente buscaban, con esto, minimizar el impacto que los sectores más politizados pudieran ejercer sobre el grueso de la población. En palabras del primero:

Aunque los orígenes, las fuentes y las causas son complejas y están interrelacionadas, y obviamente es difícil identificarlas, hay razones para creer que la universidad es la fuente única más dinámica. Las facultades de ciencias sociales suelen incluir miembros que no simpatizan con el sistema empresarial. Desde Herbert Marcuse, un marxista de la Universidad de California, en San Diego, y socialistas convencidos, al liberal crítico ambivalente que encuentra más elementos de condena que de acuerdo. No hace falta que estos universitarios supongan una mayoría. Suelen ser personalmente

atractivos y carismáticos, influyen en los profesores y su controversia atrae a los estudiantes. Son prolíficos escritores y conferencistas, autores de muchos de los libros de texto y ejercen una enorme influencia — mucho más allá de su proporción numérica — sobre sus colegas y el conjunto del mundo académico. (POWELL, 2012).

De ahí, entonces, que Powell en su memorando llamase a reestablecer el equilibrio perdido y a recuperar espacio en el ámbito universitario, especialmente en las facultades de ciencias sociales y humanidades. Su aspiración era que más profesores pro libre mercado ingresaran al mundo académico y asumieran un perfil más agresivo, que sirviera como contrapunto a lo que él y sus cófrades trilateralistas veían como una preocupante onda izquierdizante. Tales profesores debían formar nuevos cuadros, informar, educar y hacer propaganda en las casas de estudio, en las escuelas y en los medios de comunicación. Y no sólo eso, para Powell era fundamental proceder, también, a la revisión de los libros que usaban los estudiantes e incentivar la publicación de otras obras, favorables al orden capitalista, contemplando, inclusive, la edición de materiales de alcance popular. Sobra decir que todo ello fue llevado a cabo, en los últimos lustros, con mucho esmero y dedicación, lo que se tradujo en la cosecha de abundantes frutos, haya vista la hegemonía que el pensamiento (neo)liberal alcanzó en las más diversas latitudes⁸.

Siguiendo la misma tónica, los trilateralistas defendían la necesidad de implementar controles externos que pusieran un freno a los procesos de movilización estudiantil y popular, como condición necesaria para la supervivencia del régimen democrático. Aquí el chantaje se hacía bastante explícito: o bien los sectores disconformes moderaban sus demandas y abandonaban las calles o entonces habrían de cargar con la responsabilidad por el colapso de la democracia. Lo cual permite entender mejor esta frase, una de las más emblemáticas del informe: “Cuanto más democrático sea un sistema, mayores serán las probabilidades de que sea liquidado por amenazas intrínsecas” (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 8). Un tipo de apreciación que contradice, de modo tajante, la interpretación de Brzeziński mencionada páginas atrás.

Crozier, Huntington y Watanuki, en la introducción del informe, sostenían que el gobierno no tendría cómo atender los múltiples reclamos que surgían de la sociedad, en un contexto en el que “las demandas al gobierno democrático crecen, mientras que la capacidad del gobierno democrático no varía” (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 9). Y que la no satisfacción de esta explosión de demandas sería el factor que contribuiría, en gran parte, para minar la autoridad y deslegitimar el orden político. La receta, entonces, se presentaba como si fuera bastante obvia: la clave pasaba por reducir drásticamente la cantidad e intensidad de demandas. Sólo así podría salvarse la democracia. O, dicho de otro modo: la propuesta consistía en podar la democracia para salvarla de sí misma.

Esta argumentación aparece no sólo en la introducción, sino que se repite, con mayor despliegue, en los capítulos monográficos, dedicados a Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, escritos, respectivamente, por Michel Crozier (1975), Samuel

⁸ Para David Harvey (2005), el memorando debe ser visto como el documento que marca la ascensión del neoliberalismo en los Estados Unidos.

Huntington (1975) y Joji Watanuki (1975). De los tres, sin dudas, el más leído y citado es el texto que le cupo a Huntington. En él, el politólogo estadounidense ofrece un análisis pormenorizado de la crisis sociopolítica que se abatía sobre su país en los primeros años de la década de 1970. Las reflexiones allí esbozadas apuntaban, sin embargo, no sólo hacia la situación de los Estados Unidos, sino que reflejaban, de un modo más general, la crisis mundial del sistema capitalista y sus impactos en el panorama político y social del conjunto de los países centrales. Diría que el diagnóstico y las medidas propuestas por Huntington en ese texto traducían y aun traducen, de forma bastante fiel, la lectura de una parte expresiva de sus cófrades en la ciencia política al respecto de este tema.

Así Huntington tejía, en dicho capítulo, toda una serie de consideraciones atinentes a lo que él definía como un preocupante resurgir del espíritu democrático experimentado en los Estados Unidos en la década de 1960 y el desafío que ello implicaba para las autoridades establecidas en el campo político, económico y social. Según el reputado profesor de Harvard, en aquellos años el país habría presenciado una fuerte ola de participación y movilización ciudadana, estimulada por un creciente espíritu de rebeldía y de aspiración a la igualdad. Un proceso análogo a aquella ola de igualitarismo democrático que tanto intranquilizara a Alexis de Tocqueville en su época, bien analizada en las páginas de “La democracia en América”⁹. Para Huntington (1975, p. 64), “La vitalidad de la democracia en los Estados Unidos, en los años `60, produjo un substancial aumento de la actividad gubernamental y una substancial y simultánea disminución de la autoridad gubernamental”. Ello despertaría grandes dudas sobre la solvencia financiera y política del gobierno para lidiar con ese aumento de demandas, en un contexto de pérdida de autoridad del mismo gobierno. Tal apreciación provoca, entonces, la pregunta clave, en torno de la cual giran el texto de Huntington y el resto del informe sobre la “Crisis de la democracia”: “¿El aumento de la vitalidad de la democracia necesariamente debe llevar a una reducción de la gobernabilidad de la democracia?” (HUNTINGTON, 1975, p. 64). Ante lo cual la respuesta y solución huntingtonianas no se hicieron esperar: para aumentar la gobernabilidad habría que reducir la democracia, dado que “Un valor que normalmente es bueno por sí mismo, no necesariamente se verá optimizado cuando maximizado” (HUNTINGTON, 1975, p.115).

Desde otro ángulo, puede resultar interesante prestar atención al diálogo crítico que Huntington establecía con los análisis desarrollados con intelectuales del porte de James O`Connor (1973), quien en su “The Fiscal Crisis of the Capitalist State” presentaba un análisis marxista de la crisis. Según Huntington, “Los neo-neo-marxistas al estilo de James O`Connor identifican la expansión del gasto social como siendo fuente de la crisis fiscal del capitalismo. Sin embargo, lo que los marxistas erróneamente atribuyen al capitalismo es, en realidad, producto de la política democrática” (HUNTINGTON, 1975, p. 73). Esta frase asume un tono evidentemente irónico a la hora de referirse al marxismo y expresa, de modo categórico, los blancos contra los que disparaban los trilateralistas en

⁹ Aunque aquí no habré de analizar la obra del afamado aristócrata francés, vale igualmente observar que Tocqueville debe ser señalado – a contracorriente de la interpretación dominante en la literatura politológica – como uno de los grandes precursores, dentro del universo liberal, de la lucha contra la expansión democrática. Tomo la libertad de sugerir, a quienes por ventura se interesen por este tema, que consulten el texto “A democracia e os seus inimigos: dois séculos de luta liberal contra a participação popular” de mi autoría, presentado en el III *Simpósio Nacional sobre Democracia e Desigualdades*, llevado a cabo en Brasilia, en mayo de este año (VITULLO, 2016).

su guerra de largo aliento por salvar al capitalismo: el Estado de Bienestar Social y la mismísima democracia. Pocos pasajes son tan reveladores como este, pues aquí se pone de manifiesto, con mucha nitidez, la contradicción fundamental que sitúa al capitalismo y a la democracia en veredas opuestas, algo que se vuelve mucho más evidente en momentos de crisis profunda, como la vivida en los años `70 del siglo pasado o aún más como con la que estamos sufriendo en nuestros días¹⁰.

En las propias palabras del autor bajo análisis:

La esencia de la ola democrática de los años ´60 fue un desafío general a los sistemas de autoridad existentes, públicos y privados. De una forma o de otra, este desafío se manifestó en la familia, en la universidad, en las empresas, en las asociaciones públicas y privadas, en la política, en la burocracia gubernamental y en las Fuerzas Armadas (HUNTINGTON, 1975, p. 74-75).

Para Huntington y sus pares, la autoridad derivada de la experiencia, del status y del talento estaría perdiendo fuerza. Lo que llevaría, en el caso específico de la representación política, al declive de la confianza en las instituciones y en los gobernantes. Y, otra vez, la principal causadora de estos problemas sería la exuberancia democrática de los años previos. La crisis de gobernabilidad enfrentada por los países centrales en los `70 sería fruto de las “exageraciones participacionistas” de la década anterior. Según Huntington (1975, p. 106), “Las causas inmediatas de la simultánea expansión de la actividad gubernamental y de la declinación de la autoridad gubernamental se encuentran en el brote democrático de los años ´60”. Un período en el cual, en su opinión, se habría expandido una noción de ciudadanía políticamente más activa e ideologizada que hizo tambalear la estabilidad de las instituciones de la propia democracia, incluyendo, aquí, hasta la siempre tan exaltada presidencia norteamericana, la cual habría perdido – según esta perspectiva de análisis – bastante de la respetabilidad de que otrora gozaba ante el hombre y la mujer común.

En esta cadena de causalidades presentada por Huntington, encontramos inclusive el señalamiento de la expansión del sistema educacional como siendo uno de mayores culpables por la explosión de expectativas y demandas de la ciudadanía. Más allá de las obvias diferencias en el lenguaje utilizado y más allá, también, de la mayor sofisticación que reviste el análisis huntingtoniano, la responsabilización del sistema escolar como factor desestabilizador del orden social nos recuerda a ciertas manifestaciones de Bernard Mandeville (1670-1733) en su clásico “La fábula de las abejas: o vicios privados, beneficios públicos”. Es el caso, por ejemplo, de aquel pasaje en el que el filósofo, economista y médico holandés advertía que “Ninguna criatura se somete de buena gana a sus iguales, y si un caballo tuviera tanto conocimiento como un hombre, yo no tendría el menor deseo de ser su jinete” (MANDEVILLE, 1982, p. 192), queriendo dar a entender que una elevación del nivel educacional de las clases trabajadoras podría constituir una grave amenaza al orden social. Insisto, entonces: ¿No cabría identificar, en las advertencias de Huntington, una preocupación análoga – independientemente de las

¹⁰ Entre los autores que han disecado con maestría la contradicción que separa al capitalismo de la democracia tanto en términos históricos como teóricos, vale destacar a Atilio Boron (2000 y 2003) y Ellen M. Wood (2000). Ambos ofrecen instigadoras reflexiones sobre este tema.

diferencias de época y contexto – a la manifestada por Mandeville hace más de trecientos años? ¿Acaso las recetas recomendadas por Huntington apuntarían a revertir las conquistas sociales y educacionales alcanzadas, después de mucha lucha, por las clases populares? Lamentablemente entiendo que la respuesta a estas preguntas sólo pueden ser afirmativas, dadas las abundantes evidencias que demuestran el retroceso histórico – en términos democráticos – sufrido por las clases subalternas en los países centrales y periféricos con la implantación de las políticas neoliberales a lo largo de los últimos cuarenta años.

Pues fue, justamente, en los mismos años en los que los trilateralistas presentaban su informe que comenzó el desembarque de los estrategas neoliberales en diversos gobiernos, comenzando con los consabidos casos de Chile en 1975, Inglaterra en 1979 y los Estados Unidos en 1980, para extenderse, finalmente, a una apabullante cantidad de países del globo terrestre, siempre con el mismo común denominador: la lucha sin cuartel contra los derechos y conquistas sociales de las grandes mayorías. Por lo que vale aquí reproducir una observación – no menor – que ya realizara en otro texto en el que también diserté sobre el informe a la Trilateral al hacer referencia a la estrecha identidad que existía y continúa existiendo entre trilateralistas y neoliberales:

A pesar de la importancia de tales vínculos, estos, en general, han sido menospreciados y poco abordados en la literatura. Lo que se debe lamentar, pues una exploración más atenta de las relaciones entre los trilateralistas y los defensores del recetario neoliberal nos permitiría ver hasta qué punto los primeros propiciaron la gestación de un clima político y de una justificativa ideológica que hizo posible, pocos años más tarde, la irrupción de los neoliberales en puestos clave de gobierno y la ejecución de planes que precisamente perseguían una brutal reestructuración del orden capitalista que exigía, entre otras cosas, y como desafío prioritario, el recorte de los derechos sociales de las clases populares y la reducción (o hasta eliminación, en los casos más extremos) de los regímenes liberal-democráticos (VITULLO, 2015a, p.9).¹¹

Ahora bien, un asunto importante, al analizar los escritos de Huntington, tiene que ver con las líneas maestras que debían orientar la acción gubernamental. En tal sentido, este autor siempre resaltó la necesidad de reestablecer el “equilibrio democrático” y la “governabilidad” perdidos o, en otras palabras, la armonía entre la vitalidad y la

¹¹ En ese texto hacía alusión a un trabajo de Eliel Ribeiro Machado presentado en el VIII Encuentro de la Asociación Brasileña de Ciencia Política, desarrollado en Canela (Rio Grande do Sul), en 2012, y al cual también remito al lector. En él, Machado (2012) analiza el proceso de convergencia entre el tipo de diagnóstico y las recetas defendidas por los trilateralistas y figuras más comúnmente asociadas a la doctrina neoliberal, como puede ser el caso de Friedrich von Hayek, entre otros. Vale, además, recordar el libro de Domenico Moro ya citado, en el que además de una buena caracterización del Grupo Bilderberg y de la Comisión Trilateral, el autor italiano ofrece un rico panorama del contexto histórico en el que estas entidades surgen y un interesante examen de la fuerte identidad que los trilateralistas siempre tuvieron con el ideario neoliberal.

governabilidad del orden democrático. En las conclusiones del capítulo aquí reseñado, esta idea se expresa con mucha claridad ya desde el título: “Conclusiones: rumbo a un equilibrio democrático”. Lo cual traduce una de las piezas clave de la propuesta huntingtoniana: la búsqueda por una mayor moderación; una tesis que – de acuerdo a lo que mencionáramos al empezar estas páginas – sería defendida con mucho ahínco por los transitólogos y consolidólogos latinoamericanos pocos años más tarde. Y por si quedaran dudas, en este tipo de propuesta sólo existiría un camino para alcanzar la moderación: mediante el cercenamiento o limitación del proceso de expansión democrática. En el contrapunto con un dirigente demócrata de aquellos años, que también cité en el trabajo arriba mencionado (VITULLO, 2015a), Huntington señalaba que:

Al Smith cierta vez subrayó que “la única cura para los males de la democracia es más democracia”. Nuestro análisis sugiere que la aplicación de esta cura en la situación actual vendría a agregar combustible a las llamas. En lugar de ello, algunos de los problemas de gobernabilidad en los Estados Unidos de hoy provienen de un exceso de democracia – un ‘exceso de democracia’ en el mismo sentido en el que David Donald usó el término para referirse a las consecuencias de la revolución jacksoniana, la cual ayudó a precipitar la Guerra Civil. Es necesario, en lugar de eso, un mayor grado de moderación en la democracia. (HUNTINGTON, 1975, p.113).

Porque, según él, la democracia debería ser vista como

[...] apenas una de las formas de constituir la autoridad, y no necesariamente aplicable de modo universal. En muchas situaciones criterios de conocimiento, antigüedad o jerarquía, experiencia y talentos especiales pueden sobreponerse a los reclamos de la democracia como forma de constituir la autoridad” (HUNTINGTON, 1975, p.113-114).

Para el profesor de Harvard, el principio democrático, durante la década de 1960, se habría extendido de modo completamente despropositado a muchas instituciones, como las universitarias, por ejemplo. Lo que lo llevaba a decir que “Una universidad donde la indicación de los profesores debe ser aprobada por los estudiantes puede ser una universidad más democrática, pero no por eso pasa a ser una mejor universidad [...]” (HUNTINGTON, 1975, p.113-114). O sea: la democracia no debería ser tomada como un principio de organización social que serviría para cualquier ambiente o espacio social. En el caso del sistema educacional, claramente, para Huntington, la democracia constituiría un gran peligro, del cual habría imperiosamente que buscar escapar. Una vez más, las coincidencias con algunos de los pasajes del memorando de Powell arriba mencionados no tienen nada de casual, pues uno de los principales enemigos a combatir, para ambos autores, es el mismo: una juventud intelectualizada y politizada, que encontró en los ámbitos universitarios un espacio desde el cual luchar por una democracia que pueda merecer ese nombre.

Pero lejos de conformarse con ello, Huntington también profería un elogio explícito a la apatía, repitiendo lo que ya hiciera en su *Political Order in Changing Societies*, de 1968. Tanto en la obra bajo análisis como en la que acabo de mencionar, Huntington hacía un llamado a incrementar los índices de no participación electoral, especialmente entre las capas más populares. Aunque a esta altura del texto ya no debería ser una sorpresa para nadie el hecho de que uno de los politólogos más citados del mundo haga este llamamiento de modo tan abierto, sigue pareciéndome chocante. Más aún si vemos cómo Huntington, sin cualquier empacho, reconoce el carácter claramente antidemocrático de sus señalamientos:

[...] La operación efectiva del sistema político democrático habitualmente exige alguna medida de apatía y de no involucramiento por parte de algunos individuos y grupos [...] Esta marginalización de algunos grupos es inherentemente antidemocrática, pero ha sido también uno de los factores que hizo posible que la democracia pudiera efectivamente funcionar (HUNTINGTON, 1975, p.113-114).

Es un tipo de posicionamiento que nos hace recordar las estrategias tan bien descritas por Albert Hirschman (1991) en su “Retóricas de la intransigencia”, cuando con gran acierto disecaba las diferentes vías ensayadas de modo recurrente en las últimas centurias por los sectores económica y políticamente dominantes para oponerse a cualquier viento de cambio y transformación social. Los verbos y giros lingüísticos elegidos por Huntington se inscriben en este tipo de estrategia y de retórica: bajo un manto de aparente neutralidad valorativa, prescriben lo que “debe ser hecho” en supuesto beneficio del conjunto social.

El elogio a la apatía realizado por Huntington se emparenta fuertemente, también, con toda una serie de consideraciones hechas por Almond y Verba (1963) en su clásico *The Civic Culture*. En esta obra, sus autores se permitían celebrar las presuntas bondades de una reducida o nula participación o involucramiento popular en la vida pública, alegando que esto operaría como garantía para la estabilidad del sistema. A pesar de defender la importancia de una cultura participativa, los citados alertaban con bastante insistencia sobre los riesgos que traería aparejados un compromiso demasiado activo, principalmente si este provenía de las clases subalternas. De forma análoga a lo que defendía Schumpeter (1984) dos décadas antes, Almond y Verba consideraban que las “elites gubernamentales” deberían tener tranquilidad para realizar su labor, lo que tendría que implicar, necesariamente, un llamado a silencio por parte de las clases populares. Sólo así se alcanzaría el deseable equilibrio entre legitimidad popular y gobernabilidad o eficacia.

Su prédica no reflejaba tan sólo una expresión de deseos, pues los desincentivos a la participación política de las clases populares fueron y continúan siendo una realidad en muchos países, y muy especialmente en los Estados Unidos, país en el que las clases trabajadoras y populares se ven fuertemente desestimuladas a ejercer hasta el más elemental de los derechos políticos, como es el derecho al voto. De acuerdo a lo que demuestra de manera muy bien documentada y detallada Alexander Keyssar (2000) en su recomendable *The right to vote: the contested history of democracy*, a lo largo sus casi dos siglos y medio de vida independiente, los Estados Unidos siempre se han

caracterizado por la persistencia de los fuertes obstáculos a la participación política interpuestos contra los estratos populares y por los muy lentos, tardíos e inconclusos avances en el proceso de universalización de este y otros derechos políticos fundamentales.

Pero volvamos a Huntington y a Almond y Verba. De ninguna manera ellos eran los únicos que defendían la tesis de las (supuestas) virtudes derivadas de la apatía ciudadana. Muchos otros politólogos que ejercieron y aun ejercen una gran influencia en la disciplina los acompañan, siempre imbuidos de una lectura muy pesimista y naturalizadora de la alegada irracionalidad del hombre común, especialmente en circunstancias en que este trasciende la esfera individual y disuelve su personalidad en las grandes masas. Un tipo de lectura que nunca fue seriamente comprobada y que se retrotrae a los análisis fuertemente elitistas de Gustave Le Bon en el pasaje del siglo XIX al siglo XX o a los escritos de Mosca, Pareto o Michels, en las primeras décadas del XX. Entre los politólogos que también comparten esta perspectiva cabría incluir a Berelson *et al.* (1954), a Lipset (1959, 1981), a Key (1961) o a Milbrath (1965). Para todos ellos, la baja participación popular en los asuntos públicos no sólo sería inevitable, sino, inclusive, altamente deseable, sobre todo si esta se da en el seno de los sectores populares, dado que estos últimos estarían peligrosamente movidos por nocivos impulsos primitivos, grandes propulsiones emocionales, altas dosis de ignorancia, bajas cuotas de racionalidad y fuertes tentaciones autoritarias.

Otro autor que también se identifica con estas preocupaciones es Norberto Bobbio. Tal vez sorprenda a algunos de nuestros lectores el hecho de que incluya al profesor de Torino dentro de este mismo grupo, sobre todo si pensamos en la extendida imagen que presenta a Bobbio como un autor progresista. Sin embargo, hay ciertos pasajes de la obra del prestigioso liberal italiano que dejan ver, de manera categórica, una línea interpretativa muy similar a la desarrollada por los hasta aquí citados en lo que se refiere a la participación (o más bien, a la no participación) democrática. Concretamente Bobbio (1986, p. 20), en “El futuro de la democracia”, advertía que “El precio que se debe pagar por el compromiso de pocos es frecuentemente la indiferencia de muchos. Nada es más peligroso para la democracia que el exceso de democracia”. En el mismo diapasón, señalaba asimismo que:

[...] la apatía política de ninguna manera es un síntoma de crisis de un sistema democrático sino, como habitualmente se observa, un signo de su perfecta salud: es suficiente interpretar la apatía política no como un rechazo al sistema, sino como benevolente indiferencia. (BOBBIO, 1986, p. 55).

[...] en la democracia, la masa de los ciudadanos no sólo interviene activamente en el proceso de legitimación del sistema en su conjunto, usando su derecho de voto para sostener a los partidos constitucionales, y también no usándolo, porque en este caso es válida la máxima de quien calla otorga (hasta ahora ninguno ha considerado los fenómenos de apatía política como una seria amenaza a los regímenes democráticos). (BOBBIO, 1986, p.112).

Estos pocos ejemplos bastan para demostrar hasta qué punto llega la hegemonía liberal en su negación o esterilización de la democracia, reducida, como queda, a una mera cuestión de procedimientos. Como vemos, nada demasiado nuevo bajo el sol: son los mismos argumentos esgrimidos, por ejemplo, por los federalistas estadounidenses hace más de dos siglos para bloquear la participación de las clases trabajadoras en el proceso político¹². El propio Huntington más allá de todo lo ya reseñado, dejaba muy clara su posición cuando observaba que “En los Estados Unidos faltan elementos que contrabalanceen los principios democráticos” (HUNTINGTON, 1975, p.114). Pues, según él, en un registro similar a lo que fuera apuntado páginas más arriba, “La vulnerabilidad del gobierno democrático en los Estados Unidos proviene no tanto de amenazas externas, [...] cuanto de la propia dinámica interna de la democracia en una sociedad altamente educada, movilizadora y participativa” (HUNTINGTON, 1975, p. 115). Lo que lo llevaba a defender la idea de que “[...] hay límites potencialmente deseables a la indefinida extensión de la democracia política. La democracia tendrá una vida más larga si alcanza una existencia más equilibrada” (HUNTINGTON, 1975, p. 115).

Llegados a este punto, y antes de pasar a los capítulos elaborados por los otros dos firmantes del Informe a la Comisión Trilateral, vale una pequeña y apenas aparente digresión. En páginas anteriores apunté la complicidad de las corrientes mayoritarias de la disciplina, la que se traduce en un ominoso silencio frente a los constantes y sistemáticos ataques a la democracia llevados a cabo por las grandes corporaciones y sus “tanques de pensamiento”. Ello también se expresa en una tendencia, muy extendida en el ámbito académico, de convertir a figuras que tienen una importante cuota de responsabilidad en tales procesos en grandes “celebridades”. Es lo que ocurre, por ejemplo y precisamente, con Samuel Huntington, no sólo uno de los politólogos más leídos y citados – como dije anteriormente –, sino que hasta uno de los más reverenciados de la disciplina. Al punto de que son poquísimos los colegas que se atreven a señalarlo – de acuerdo a lo visto hasta aquí – como lo que verdaderamente es: uno de los mayores y más destacados teóricos y estrategas de la antidemocracia. Muy bueno sería si la ciencia política se abocara, seria y resueltamente, a examinar la lista de aquellos que forman parte del panteón de sus autores más célebres. Inclusive me permito agregar que una situación análoga y aún más escandalosa se verifica al observar el especial tratamiento que recibe Henry Kissinger en los círculos politológicos y entre los estudiosos de las Relaciones Internacionales. Nunca dejará de llamar la atención y encolerizar a cualquier corazón sensible ante las violentas injusticias que imperan en el mundo el saber que uno de los mayores asesinos seriales de la historia de la humanidad, promotor de múltiples genocidios y arquitecto de decenas de golpes de estado en la periferia del mundo capitalista, pueda ser considerado como uno de los nombres más ilustres de la ciencia

¹² James Madison y sus correligionarios federalistas bregaron con tenacidad y mucho éxito por el diseño de una arquitectura institucional que conservara el poder en manos de la minoría propietaria, alegando una supuesta mayor responsabilidad propia de esta última. Pues para Madison (FARRAND, 1966, p. 431), “la principal preocupación de la sociedad debe ser proteger la minoría opulenta contra la mayoría”. De ahí, entonces, que el virginiano defendiera la edificación de un sistema constitucional que velara por la buena salud del orden social y lo protegiera de los males de la democracia.

política mundial¹³. Así como siempre será fuente de la más profunda indignación el recordar que tal despreciable sujeto fue condecorado, en 1973, con el Premio Nobel de la Paz. ¡Sí, el Nobel de la Paz! O el recordar, también, el hecho de que Kissinger haya sido agraciado con innumerables doctorados honoris causa en las más diversas instituciones académicas del planeta¹⁴.

Pero volvamos nuevamente al examen del informe. En el capítulo europeo, en sintonía con lo que afirmara Huntington para el caso norteamericano, Michel Crozier lamenta que “El sentimiento vago y persistente de que las democracias se volvieron ingobernables creció firmemente en Europa Occidental” (CROZIER, 1975, p.11). Ni el Reino Unido, tomado por el autor como ejemplo de democracia, escaparía de este fenómeno, marcado por gobiernos débiles, sobrecarga de participantes y exceso de demandas, en un contexto de crecientes dificultades para lidiar con la complejidad de las sociedades contemporáneas.

Para Crozier (1975, p. 13) “La explosión informacional hizo difícil, sino imposible, mantener la tradicional distancia que siempre fue necesaria para poder gobernar”. Tal lamento hace recordar la función atribuida a las instituciones de representación por los federalistas estadounidenses y por los liberales decimonónicos, cuando definían a los órganos políticos como filtros o instancias perfeccionadoras de la voluntad popular. Según el politólogo francés, la reducción de la distancia entre gobernantes y gobernados llevaría a una preocupante parálisis decisoria, la cual, a su vez, propiciaría una caída libre de la credibilidad gubernamental ante los ojos de la ciudadanía. Para Crozier (1975, p. 16), “La gobernabilidad de las naciones de Europa Occidental se ve perjudicada por otro conjunto de problemas que guardan relación con el anterior y que tienen que ver con el énfasis general en las reglas burocráticas, ausencia de responsabilidad cívica y la quiebra del consenso”. Esta falta de sistemas de autoregulación es la que colocaría en riesgo la estabilidad política y social y multiplicaría los comportamientos anómicos.

Interesante resulta percibir, sin embargo, que Crozier reconoce el carácter político de tales problemas. Con claridad, en el texto, él advierte que las dificultades no son meramente técnicas, sino que revisten una naturaleza política y que tienen que ver con

¹³ La lista de atrocidades cometidas y/o promovidas por Kissinger es tan larga que su descripción ocuparía varios volúmenes. Sólo a título de ejemplo, vale mencionar unos pocos de los números que componen tal macabra contabilidad: 350.000 asesinados por bombardeos secretos en Laos, en 1969, 600.000 masacrados en Camboya en la misma época, 500.000 muertos en Bangladesh, dos años más tarde, y 200.000 en Timor Oriental. A lo cual se deben adicionar muchos otros casos, entre los que cabe incluir, indudablemente, las decenas de miles de víctimas de las dictaduras latinoamericanas, patrocinadas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos y la Central de Inteligencia de aquel país, con la activa participación del propio Kissinger, como su gran articulador.

¹⁴ Afortunadamente no todas son malas noticias: es sabido también que el veterano carnicero del Imperio ya no puede moverse por el mundo con la tranquilidad de que gozaba en otras épocas. A lo largo de los años se han ido acumulando pedidos de captura internacional, que ya superan el millar y que obligan a Kissinger a tener que calcular muy bien los países a los que pretende viajar o por los que habrá de pasar para no correr el riesgo de ser preso y juzgado por los bárbaros crímenes contra la humanidad cometidos a lo largo de su dilatada existencia.

contradicciones cada vez mayores entre los procesos de toma de decisiones y de su implementación. Digo que suena interesante dado que, en los años posteriores será cada vez más difícil encontrar un reconocimiento como este, dada la enorme difusión que habrá de ganar el discurso tecnocrático o gerencial, en el cual la dimensión política pasa a un secundísimo plano o, directamente, desaparece de las interpretaciones dominantes.

Otra cuestión que se expresa de manera bastante destacada en el análisis del politólogo francés se refiere a un sistema burocrático alejado tanto de las directrices emanadas de la dirigencia política como de los deseos y necesidades provenientes de la ciudadanía, en un círculo vicioso que alimentaría la pérdida de consenso. Todo lo cual agudizaría la contradicción que él creía ver entre “una explosión de interacción humana y correlativamente de un aumento tremendo de presión social” (CROZIER, 1975, p. 20), de un lado, y un gobierno con una capacidad cada vez más reducida de dar respuesta a tales presiones y demandas, de otro. Para Crozier (1975, p. 22) “[...] las tremendas conquistas económicas alcanzadas durante los últimos 20 años por todos los grupos y especialmente por los trabajadores generaron consecuencias opuestas a lo que se podría esperar: en lugar de apaciguar las tensiones, el progreso material parece haberlas exacerbado”. Y aquí, nuevamente, vemos un denominador común con las preocupaciones de Huntington ya reseñadas: una ciudadanía que, para los trilateralistas, demandaba cada vez más al gobierno pero que, al mismo tiempo, rechazaba toda y cualquier jerarquía o mecanismo de control que hiciera posible la satisfacción de esas demandas. Todo lo cual aumentaría aún más la frustración.

Y es en ese contexto de creciente frustración que se ampliaba, también, la capacidad de seducción de ideologías y propuestas de cuño radical, tanto en el seno de las clases trabajadoras, sus partidos y sindicatos, como, muy especialmente, entre la juventud. Lo que contribuiría a una erosión aún mayor de fuentes tradicionales de poder y autoridad como la Iglesia y las escuelas y a la desintegración de los patrones y marcos de referencia que otrora tornaban previsible el orden social. En el caso de la iglesia – o, más bien, las iglesias –, éstas serían víctimas del acelerado proceso de secularización vivido por los países centrales. Y en lo que respecta a las escuelas y universidades, en el diagnóstico esbozado por Crozier, éstas perderían poder como fruto de la extensión del conocimiento y la consecuente quiebra del monopolio del saber. Concretamente las universidades, en lugar de canalizar de manera adecuada las energías juveniles, acabarían por “desviarlas para luchas negativas y sin sentido” (CROZIER, 1975, p. 28). Y sería esa pérdida de autoridad moral la que estimularía, también, la crisis de autoridad política y de liderazgo que sufrirían las democracias de los países y regiones analizadas. En sus palabras, y complementando lo que venimos reseñando, Crozier (1975, p. 39) sostenía que “Atrás de todos estos problemas de gobernabilidad de las modernas sociedades occidentales hay algunos problemas básicos de valores”, los cuales difícilmente serían medibles o predecibles a través de encuestas.

Es por ello que, para Crozier, la integración de las clases subalternas se vería puesta en entredicho. Las instituciones políticas no lograrían cumplir su función de manera satisfactoria. Habrían dejado de operar como marcos de referencia y suscitarían cada vez menos entusiasmo e identificación. Y, a la hora de apuntar responsables, Crozier, igual que Powell y Huntington, apuntaba contra el mundo intelectual, el cual sería una de las fuentes básicas que explicaría los procesos disruptivos experimentados – con diferentes ritmos e intensidades – por buena parte de los países de Europa Occidental.

Según el politólogo galo, la burocratización y la masificación del conocimiento habrían llevado a la pérdida de prestigio del trabajo intelectual, con las consecuentes grandes dosis de frustración, en un mundo en el que paradójicamente los empleos disponibles exigirían mayores calificaciones intelectuales. Pero, para Crozier, tal exigencia propiciaría la desvalorización de los individuos que ocupaban dichos empleos, en virtud del propio proceso de masificación. Todo ello se reflejaría en la crisis del mundo intelectual, en fuerte crisis de identidad y en un mundo en que los propios mecanismos de regulación pasarían a ser cada vez más severamente cuestionados, dejando a las sociedades sin rumbo, virtualmente a la deriva.

Otra responsabilidad importante en todo este proceso le tocaría a los grandes medios de comunicación, pues ellos habrían ejercido un perjudicial trabajo disolvente de jerarquías y valores sociales antes bien sedimentados. Los medios habrían contribuido para reducir los niveles de paciencia y tolerancia ante el orden, el equilibrio, la moderación – valores, según Crozier – de enorme importancia social.

Frente a este panorama, Crozier expresaba sus temores de que los partidos comunistas pudieran ganar mayor espacio y asaltar el poder. Concretamente, y en una muestra clara de su anticomunismo militante, el autor de “El fenómeno burocrático” apuntaba que:

[...] la regresión puede surgir también de la izquierda por dos motivos convergentes: los partidos comunistas han surgido más y más como los partidos del orden, cuyos líderes son los únicos capaces de hacer que el pueblo trabaje, y siempre ha habido una fuerte tendencia a desarrollar la interferencia del socialismo de estado y de la burocracia pública como la solución más fácil para lidiar con lo imposible, o sea, para mantener el orden ante conflictos inmanejables (CROZIER, 1975, p. 49-50).

Agregando, también, que

[Los partidos comunistas] son las únicas instituciones que restan en Europa Occidental cuya autoridad no es desafiada, en la que una primitiva pero eficiente cadena de comando puede manipular una dócil fuerza de trabajo, en la que hay capacidad de tomar decisiones difíciles y ajustarlas rápidamente [...] (CROZIER, 1975, p. 50).

Ante este cuadro, las recetas de Crozier no se hacían esperar y todas estaban dirigidas hacia la misma dirección que la defendida por Huntington, más allá de las particularidades de los casos analizados. Para Crozier, el gran desafío pasaba por restaurar el control social perdido, sin cualquier contemplación con el socialismo de Estado y con el Estado de Bienestar, pues ambos podrían llevar al caos y terminar abriendo las puertas para el avance de los partidos comunistas, arriba mencionado.

En una línea muy semejante se manifestaba Joji Watanuki, el tercer y último autor del informe. En el capítulo que le fuera encomendado por la Trilateral, el autor nipo-

estadounidense desplegó una serie de reflexiones que también expresaban la preocupación con el impacto de los cambios económicos, sociales y culturales en el comportamiento de la ciudadanía y en la orientación disruptiva que este habría ido tomando. En el caso de Japón, el análisis se concentra en el período posterior a la Constitución de 1947, impuesta por las fuerzas de ocupación norteamericanas. Y uno de los focos más importantes está puesto en los cambios de valores que habrían ocurrido especialmente entre los jóvenes, los cuales afectarían la gobernabilidad de la democracia japonesa. Los anhelos de mayor participación, los movimientos ciudadanos, los procesos orientados a la toma directa de decisiones políticas y las mayores demandas constituirían, entonces, importantes obstáculos para la recuperación de la confianza en los canales institucionales y para la estabilización del sistema y del orden social. Aunque, debido a la permanencia de valores tradicionales, a la estructura económica del país y a un cierto desfase temporal no alcanzarían, según la evaluación de Watanuki, la intensidad alcanzada en los otros ámbitos geográficos examinados por la Trilateral. De esta forma, la democracia japonesa sufriría menos, lo que de cualquier modo no impedía una pérdida importante de la capacidad de liderazgo, como ocurriría con las Fuerzas Armadas, que verían disminuida su significación como espacio de formación ciudadana y modelo de autoridad moral. Todo lo cual haría con que fuera cada vez más difícil mantener el control social y responder a las demandas de la ciudadanía.

En la Conclusión del Informe, sus autores refuerzan algunos de los puntos levantados a lo largo de los diferentes capítulos. Una de las ideas clave se ve sintetizada en esta frase: “Si hay una historia exitosa de la democracia, esta es la que fue escrita por las sociedades trilaterales durante el cuarto de siglo que siguió a la Segunda Guerra Mundial” (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 157). La cual se ve acompañada por esta otra, que atribuye a los logros del pasado los desafíos enfrentados en el presente: “Pero los problemas que la democracia enfrenta hoy derivan del éxito de ayer [...] La incorporación de grandes contingentes a las clases medias aumentó las expectativas y aspiraciones, generando mayor frustración cuando estas no se realizan” (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 158). La ampliación de la participación aumentó las demandas a los gobiernos, las cuales al no verse satisfechas generan un mayor grado de desconfianza frente a las instituciones. Todo ello llevaría, según los trilateralistas, a que “El sistema se torna(se) una democracia anómica, en la cual la política democrática se vuelve más una arena para la afirmación de intereses en conflicto que un proceso para la construcción de propósitos comunes”. (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 161). Para los responsables por el Informe, “La búsqueda de los valores de igualdad e individualismo llevó a una deslegitimación de la autoridad en general y pérdida de confianza en los líderes” (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 161) porque, según ellos, el espíritu democrático igualitarista e individualista tiene poca paciencia frente a las distinciones de clase, debilita los lazos sociales y ejerce una influencia niveladora y homogeneizadora que corroe la jerarquía, las instituciones tradicionales de socialización y el orden social. En otras palabras, para los trilateralistas el igualitarismo creciente destruiría las bases sociales de la confianza y la cooperación. Del mismo modo que ocurre con la competición política, que si bien es clave para la democracia, al intensificarse en demasía acaba por llevar a la desagregación de los intereses y a la fragmentación de los partidos.

Porque más allá de las particularidades de cada región y país, y de la forma de expresión que asumen estos fenómenos, todos comparten una tendencia común hacia “La expansión de la participación y involucramiento políticos [que] genera una sobrecarga sobre el gobierno y un desequilibrio en las actividades gubernamentales, exacerbando las

tendencias inflacionarias de la economía” y aumentando también el déficit fiscal. (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 161). De ahí que los autores recomendasen la autocontención de los diferentes grupos y la moderación de sus demandas.

Para Crozier, Huntington y Watanuki, la propia lógica electoral obligaría a los líderes políticos a curvarse ante las demandas populares, lo que atentaría contra la estabilidad del sistema y el orden social. Según ellos:

La idea democrática de que el gobierno debe ser responsable frente al pueblo crea la expectativa de que el gobierno debe atender las necesidades y corregir los males que afecten a grupos particulares en la sociedad. Confrontados con el imperativo estructural de elecciones competitivas cada una pequeña cantidad de años, los líderes políticos difícilmente pueden hacer otra cosa. (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 164).

En el debate a que dio lugar la presentación del Informe, trabado en las sesiones plenarias de la Comisión Trilateral, en mayo de 1975, los diferentes participantes coincidían con el diagnóstico y también con las recetas allí defendidas. En los apéndices de dicho Informe nos deparamos con la transcripción o síntesis de las intervenciones más representativas. Una de las que vale la pena destacar tiene que ver con la oposición que los participantes entendían que existiría entre los conceptos de gobernabilidad y democracia. Concretamente se sostenía que:

El corazón del problema reside en las contradicciones embutidas en la frase `governabilidad de la democracia`. Porque en cierto sentido gobernabilidad y democracia son conceptos incompatibles. Un exceso de democracia significa un déficit de gobernabilidad; fácil gobernabilidad sugiere una democracia deficiente. (CROZIER; HUNTINGTON; WATANUKI, 1975, p. 173).

Este pasaje no tiene desperdicio, pues revela, con claridad, lo que está en juego para los trilateralistas. Y sería importante tenerlo siempre presente, dado que muestra también el verdadero oxímoron que resulta de la expresión “governabilidad democrática”, debiendo llevar a la reflexión a todos aquellos que, hoy en día, persisten en el uso de esta fórmula. Una fórmula que no sólo resulta contradictoria, sino que además deja entrever aquella que constituía la aspiración de fondo de Huntington y colegas: el recorte de la democracia como camino para garantizar la gobernabilidad.

A modo de conclusión

Con estas páginas, espero haber ayudado a despertar en los lectores el interés por estudiar con más ahínco y detenimiento las luchas trabadas en torno de la expansión o retracción de la democracia y el papel que juegan los sectores dominantes en tales luchas.

Espero, también, haber ilustrado, con el examen del Informe a la Comisión Trilateral redactado por Huntington, Crozier y Watanuki, el tipo de actuación que despliegan ésta y otras instituciones análogas en su búsqueda por podar, disminuir, minimizar, recortar o domesticar la democracia. Y espero, inclusive, que este trabajo haya estimulado alguna reflexión crítica – o más bien autocrítica – sobre la trayectoria y la función desempeñada por la Ciencia Política en estos procesos, pues tenemos esta gran deuda en la disciplina con nosotros mismos; deuda que alguna vez habrá que saldar.

En el caso concreto del Informe analizado, vimos cómo los llamados a la restauración de un supuesto equilibrio perdido entre el ejercicio de la autoridad gubernamental y la participación popular no son más que expresiones que denotan el interés de las clases dominantes por expulsar a las clases populares del proceso político. En fórmulas claramente emparentadas con los planteamientos de Schumpeter (1984) sobre la cuestión democrática, los trilateralistas y sus seguidores aspiran a “depurar” los regímenes políticos “democráticos” de toda intervención plebeya o popular que pueda poner en riesgo el orden vigente. De ahí que con insistencia, como vimos en estas páginas, defiendan la necesidad de democracias más “contenidas”, “responsables”, “maduras”, que no generen falsas expectativas, que no incentiven la “explosión de demandas” ni propicien altas cuotas de movilización política, porque, como bien advierte Domenico Moro (2015, p. 9), “el objetivo declarado es reaccionar ante la pérdida de autoridad de las instituciones tradicionales y las amenazas que encierra la participación política de las masas”.

El análisis crítico de la actuación de entidades como la aquí examinada nos permitió, asimismo, comprender mejor el porqué de la no existencia de una progresión lineal rumbo a un régimen democrático más acabado, más avanzado o, si se acepta la redundancia, de una democracia más genuinamente democrática. Coincidiendo con Domenico Losurdo (1993) y con Noam Chomsky (KELLY; HUTCHISON; SCOTT, 2015), nunca está de más recordar que la lucha por la democracia permanece siempre abierta, siempre inacabada, marcada por idas y vueltas, avances y retrocesos. Es por ello que le asiste toda la razón a este último cuando observa que “A lo largo de la historia estadounidense hay un conflicto entre presión y más libertad proveniente de abajo y esfuerzos por dominación y control de parte de la elite, provenientes de arriba. Algo que viene desde la fundación del país”. (KELLY; HUTCHISON; SCOTT, 2015). Consideraciones, estas, que perfectamente valen para otras realidades del universo de los regímenes mal y precariamente democráticos de nuestra contemporaneidad y que nos posibilitan verificar de cuán lejos viene esta larga y persistente inquina de los liberales contra toda participación de raigambre popular¹⁵. Así como nos posibilita observar hasta qué punto esta inquina continua reproduciéndose en la vida política y sigue encontrando eco también en los círculos académicos.

Sólo para terminar, resulta oportuno citar un último ejemplo que refuerza todo lo aquí señalado. Es el caso de Fareed Zakaria, quien en sus escritos reedita, bajo nuevos formatos, las mismas recomendaciones lanzadas por los trilateralistas, todas ellas orientadas a reducir el poder político de la “plebe”, recortar los espacios de participación

¹⁵ Para aquellos que busquen mayores detalles sobre el lugar que ocuparon los federalistas en la infausta lucha contra la democracia, me permito sugerir la lectura de un texto de mi autoría, presentado en el Congreso Nacional de Ciencia Política, en la ciudad de Mendoza, en 2015 (VITULLO, 2015b). En dicho material, los lectores podrán tener acceso, también, a una serie de valiosas referencias bibliográficas sobre el tema.

democrática y poner un freno a las demandas de cuño popular. En “El futuro de la libertad”, Zakaria (2003) prodiga desmesurados elogios a la política norteamericana y al papel rector que supuestamente le cabe a los Estados Unidos en la afirmación y difusión de la democracia en el mundo, en el contexto de un discurso que al mismo tiempo que festeja la expansión de la democracia, busca vaciarla de cualquier significado más robusto y substantivo. Para el mediático politólogo estadounidense de origen indio, los grandes desafíos que toman cuenta de nuestro presente serían básicamente los mismos que tanto preocupaban a los liberales decimonónicos: cómo hacer para conciliar la democracia con el imperio de la libertad y qué camino adoptar en circunstancias en que tal conciliación deja de ser posible. Y la respuesta ante este segundo desafío o dilema no es ni un poco ambigua: de tener que optar entre democracias “iliberales” o regímenes liberales pero no democráticos, para el autor siempre habrá que elegir estos últimos. Lo cual se tradujo, por ejemplo, en el decidido apoyo dado por Zakaria – al lado de connotados neoliberales como Hayek y Friedman –, al sanguinario régimen dictatorial de Pinochet.

Pues para Zakaria, habría, hoy en día, una imperiosa necesidad de reestablecer los controles que hagan posible la permanencia de la libertad. Una libertad que exige menos, y no más democracia. Dado que, al igual que los trilateralistas, él entiende que deberíamos aspirar a la construcción de una “democracia regulada y representativa”, en oposición a cualquier propuesta de democracia directa y sin límites. Una democracia que efectivamente pueda ser caracterizada como aquello que Aristóteles llamaba de “régimen mixto” (ZAKARIA, 2003, p. 25). Un régimen que busque “atemperar las pasiones, educar a los ciudadanos, guiar la democracia y, consecuentemente, garantizar la libertad” (ZAKARIA, 2003, p. 26). Dado que él sostiene que su libro es

[...] un llamado al autocontrol y a un retorno al equilibrio entre la democracia y la libertad. No contiene una argumentación contra la democracia, pero afirma que puede existir algo como un exceso de democracia, un exceso de algo categóricamente bueno. [...] Las sociedades democráticas precisan amortiguaciones y guías, diseñados para los problemas y los tiempos actuales (ZAKARIA, 2003, p. 26).

Desde una posición radicalmente enfrentada con los planteamientos de Zakaria y de la Trilateral y enfrentada, también, con la ola de restauración conservadora que lamentablemente toma cuenta otra vez de nuestra Patria Grande, cabría, con premura, repensar la relación entre el liberalismo y la democracia, pero no ya para preservar el primero y minimizar la segunda sino, al contrario, para desvincularse del liberalismo como camino ineludible hacia la construcción de una democracia genuinamente igualitaria, libertaria, participativa y popular. Contra el chantaje de la falaz “sobrecarga de demandas” y contra el fantasma de las “democracias iliberales”, procuré humildemente con este texto ofrecer algunas herramientas que nos ayuden en el cada vez más urgente y necesario combate por rescatar a la democracia de las garras del liberalismo, dando lugar, así, a la gestación de una democracia *praeter*-liberal, una democracia que consiga desarrollar en plenitud todo su potencial emancipatorio, humanizante y transformador.

Referencias bibliográficas

ALMOND, Gabriel; VERBA, Sidney. *Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1963.

BERELSON, Bernard R.; LAZARFELD, Paul F.; McPHEE, William N. *Voting*. Chicago: University of Chicago Press, 1954.

BOBBIO, Norberto. *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

BORON, Atilio. *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 2003.

BORON, Atilio. *Tras el búho de Minerva: Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.

CARBONI, Florence; MAESTRI, Mário. Apenas estadunidenses. *La Insignia*. Brasil, febrero de 2005. http://www.lainsignia.org/2005/febrero/cul_026.htm

ESTULIN, Daniel. *La verdadera historia del Club Bilderberg*. Barcelona: Planeta, 2005.

FARRAND, Max (ed). *The Record of the Federal Convention of 1787*. New Haven: Yale University, 1966. v. 1.

HARVEY, David. *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

HIRSCHMAN, Albert. *Retóricas de la intransigencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.

KELLY, Nyks; HUTCHISON, Peter D.; SCOTT, Jared P. *Requiem for the American Dream*. Largometraje. 73 minutos. 2015

KEY, Valdemir O. *Public Opinion and American Democracy*. Nueva York: Knopf, 1961.

KEYSSAR, Alexander. *The right to vote: the contested history of democracy*. Nueva York: Basic Books, 2000.

LIPSET, Seymour. *Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy*. Berkeley: University of California, 1959

LIPSET, Seymour. *Political Man: The Social Bases of Politics*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1981.

LOSURDO, Domenico. *Democrazia o bonapartismo: trionfo e decadenza del suffragio universale*. Turín: Bollati Boringhieri, 1993.

MACHADO, Eliel Ribeiro. Democracias procedimentais na América Latina: notas para um debate. Trabajo presentado en el *VIII Congresso da Associação Brasileira de Ciência Política*, Gramado/RS, 2012. http://www.cienciapolitica.org.br/wp-content/uploads/2014/04/25_6_2012_23_2_49.pdf

MANDEVILLE, Bernard. *La fábula de las abejas: o los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1982.

MILBRATH, Lester W. *Political Participation: How and Why Do People Get Involved in Politics?* Chicago: Rand McNally & Company, 1965.

MORO, Domenico. *Bilderberg: la elite del poder mundial*. Barcelona: El Viejo Topo, 2015.

SCHUMPETER, Joseph. *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Folio, 1984.

VITULLO, Gabriel E. *Teorias da democratização e democracia na Argentina contemporânea*. Porto Alegre: Sulina, 2007.

VITULLO, Gabriel E. Da “sobrecarga de demandas” às “democracias iliberais”: a 40 anos do Relatório da Comissão Trilateral. Trabajo presentado en el 39º Encuentro Anual de la ANPOCS, Caxambu, 2015a.

http://www.anpocs.org/portal/index.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=9527&Itemid=461

VITULLO, Gabriel E. Democracia y gobierno representativo en la obra de los federalistas. Trabajo presentado en el *XII Congreso Nacional de Ciencia Política*, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 12 al 15 de agosto de 2015b.

<https://es.scribd.com/doc/312899877/Vitullo-Texto-Saap-2015>

VITULLO, Gabriel E. A democracia e os seus inimigos: dois séculos de luta liberal contra a participação popular. Trabajo presentado en el *III Simpósio Nacional sobre Democracia e Desigualdades*. Brasília, 2016.

www.sndd2016.eventos.dype.com.br/arquivo/download?ID_ARQUIVO=393

WOOD, Ellen Meiksins. *Democracia contra capitalismo: La renovación del materialismo histórico*. México: Siglo XXI, 2000.

ZAKARIA, Fareed. *El futuro de la libertad: las democracias “iliberales” en el mundo*. Madrid: Taurus, 2003.